

GOLDWATER, EL "CHINO" DE JOHNSON

Por EDUARDO HARO TECLEN



MIKOYAN ha sido elegido Presidente de la Unión Soviética —en sustitución de Breznev— casi el mismo día en que la Convención Republicana de San Francisco proclamaba a Goldwater candidato oficial a la Presidencia de los Estados Unidos. Se trata de algo más que de una curiosa coincidencia. Estamos asistiendo en estos momentos a una discusión a escala mundial entre los partidarios de un mundo hostil y violento, de un «vivir peligrosamente» —como era la consigna de Mussolini a sus fascistas— con la guerra nuclear como horizonte posible, y los que creen y defienden la idea de un entendimiento a escala mundial que excluya definitivamente la bomba atómica. Esta lucha no separa ya, como fue clásico hasta hace unos años, el mundo capitalista del mundo comunista, el Este del Oeste, sino que se desarrolla en el interior de cada bloque, en el interior de cada uno de los países a los que concierne la suerte del mundo. En este momento ocurre que los grandes hombres a quienes podemos llamar pacifistas —con bastantes reservas, sin embargo— ocupan los puestos claves de la política mundial, tienen las llaves del poder, guardan el secreto de la cifra que puede hacer caer la bomba; los belicistas, los «warmongers», aparecen en la oposición.

En Moscú, la reunión del Soviet Supremo ha acentuado la liberalización interior y ha procedido a una renovación de equipo perfectamente clara. Mikoyan es un hombre que, por vocación o por azar, ha dedicado estos últimos años a tender puentes, a apaciguar, a calmar incendios. En 1959 —mes de enero— apareció en Estados Unidos como un rompehielos ofreciendo lo que él llamó «primavera de la cooperación» entre los dos pueblos en plena era

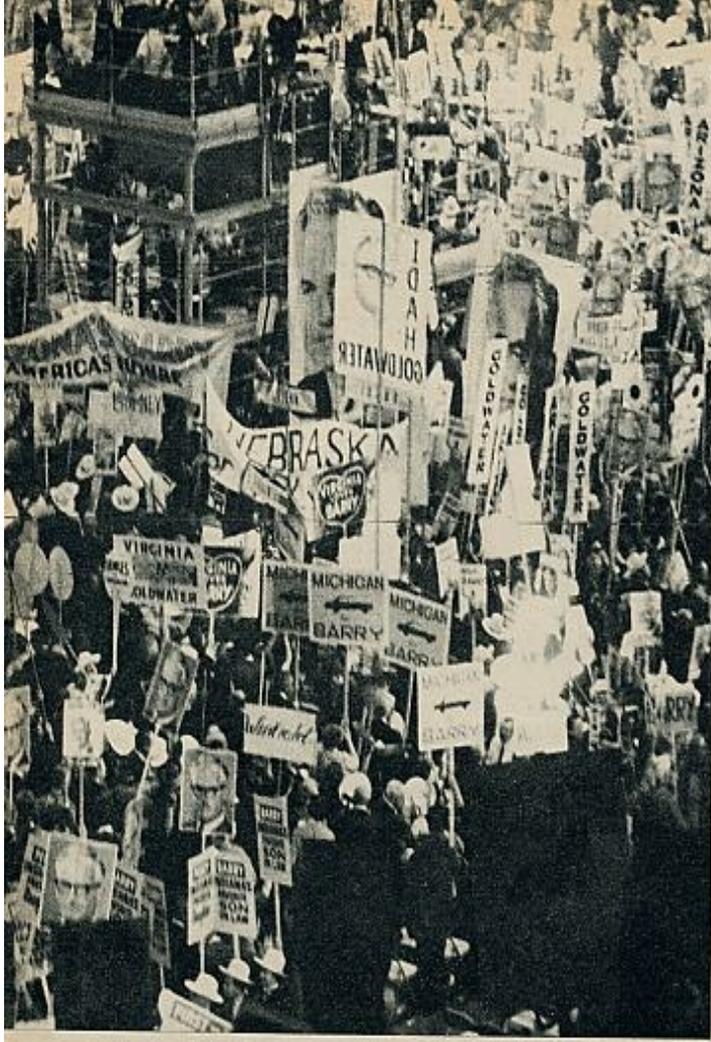
Eisenhower. «Tenemos —dijo entonces en su discurso de San Francisco, sede hoy de Goldwater— que terminar con la guerra fría, tenemos que comenzar a hablarnos como iguales, como seres humanos». En octubre de 1962, Mikoyan fue el hombre a quien Krutchev envió a Cuba, donde permaneció largo tiempo, para evitar que una imprudencia de Fidel Castro, amenazado por el bloqueo americano, hiciera arder la guerra. Mikoyan ha sido impulsor de los antiguos tratados de amistad con China, de los acuerdos comerciales con Occidente. Entre el pacifista Mikoyan, el liberalizador Krutchev, el internacionalista Ayubei, se forma un equipo homogéneo, de hombres que se han sido fieles entre sí hasta ahora y que están unidos por un mismo concepto de la política nacional e internacional. Lo que hemos dado en llamar, con términos antagónicos pero expresivos, «ofensiva de paz» se acentúa y se afirma para el futuro.

Y desde Pekín viene la voz de la oposición. En este caso la ha tomado el propio Mao Tse-Tung, a quien ha parecido, sin duda, que la coyuntura de la reunión del Soviet Supremo era tan importante que requería su intervención personal, mediante un artículo polémico. «El comunismo de Krutchev —escribe— toma ejemplo de los Estados Unidos y quiere imitar los métodos de explotación empleados por los capitalistas americanos». Mao denuncia la «banda revisionista de Krutchev» para los «nuevos y antiguos elementos burgueses», una clase «que se ha apropiado de los frutos del trabajo del pueblo soviético y lleva una vida de gran burguesía».

Goldwater es el chino de Johnson. Su mismo lenguaje no desmerece del que emplea Mao. «Johnson —ha dicho— es el mayor impostor de los Estados Unidos». Esto no es nada com-

parado con lo que va a decir. A los pocos minutos de su fabulosa proclamación —llovía dorada de confettis, millares de sombreros blancos de «cow-boy» de Arizona, polvos de oro en los cabellos de las damas republicanas— anunciaba el principio de «una campaña dura». Parece ser que sus consejeros personales, que los grandes santones del partido republicano —Scranton, Lodge— le incitan a la discreción y a la moderación. No parece lógico que acepte esos consejos. Su campaña de disparates y de inconsistencias le ha llevado a un triunfo en la Convención que es histórico, que es el más importante del partido republicano. La moderación de sus adversarios les ha llevado a la derrota y a la humillación. ¿Por qué Goldwater, ahora, iba a moderarse? Goldwater es el representante directo de unos intereses, de unos millones de personas que piensan exactamente como él: no tiene por qué defraudarles.

Puede decirse que en todo el mundo ha habido consternación por el nombramiento de Goldwater. Con la excepción de Alemania, y es lógico. Goldwater quiere derribar por la fuerza el muro de Berlín, quiere entregar la bomba atómica a los jefes militares de la NATO —en la cual los alemanes ocupan un puesto destacado— y llega a comentar con elogio la actuación alemana en las dos guerras pasadas, «que hubiesen sido ganadas por Alemania de no haber estado bajo las órdenes de hombres —o de un hombre— que no entendían nada de cómo se debe conducir una guerra». (Intervió en «Der Spiegel»). Es lógico que después de estas declaraciones pro-alemanas, del elogio al militarismo alemán —«En el curso de los siglos, vuestro país ha ido hasta el borde de la guerra, lo cual le ha sido muy beneficioso», la reacción de Bonn sea, por lo menos, discreta. «Es un asunto que concierne exclusiva-



Goldwater, a los pocos minutos de su fabulosa proclamación en San Francisco, anunciaba el comienzo de «una campaña dura». Su campaña de disparates e inconsistencias le ha llevado a un triunfo en la Convención que es histórico. En todo el mundo ha habido consternación por su nombramiento.

mente al pueblo americano», han dicho los portavoces del Gobierno alemán.

Se abusa mucho de esta inhibición de los asuntos interiores de los países. Es difícil que a uno no le concierna lo que ocurre en el interior de África del Sur —por citar un ejemplo fácil y de paso— desde el momento en que hoy en el mundo se piensa a escala de seres humanos más que de nacionalidades, y los problemas generales del mundo son problemas colectivos. Con cierta dureza, con cierta impermeabilidad, uno puede pensar que ciertos rasgos de la política de Goldwater conciernen exclusivamente al pueblo americano. Yo, personalmente, no gozo de esta envidiable repartición de la conciencia en compartimentos estancos, y tengo tendencia a sentirme negro americano cuando asesinan a los negros americanos en Mississippi. Yo no puedo evitar sentirme inquieto y angustiado cuando el senador Goldwater se manifiesta contra la concesión de derechos civiles a los negros, cuando vota en el Senado contra la ley Kennedy-Johnson para luchar contra la pobreza en los Estados Unidos, cuando niega ayuda médica para los ancianos, la ayuda federal a la educación y la elevación del salario mínimo. No tengo necesidad de ser negro de Alabama, ni mendigo de Tortilla Flat, ni enfermo en el barrio portorriqueño de Nueva York, ni cargador en el puerto de Chicago, para percibir el dolor de ese mundo y sentirme solidario. Pero probablemente se trata de un «asunto interno» mío, personal, que no tiene por qué hacer doctrina. Haciendo abstracción de todo ello, puede uno pensar que allá los norteamericanos con su Goldwater.

Ahora bien, cuando el senador anuncia que va a basar su campaña para la presidencia en la política exterior me siento directamente alu-

didado: Goldwater está hablando de mí y de usted. Es un hombre en quien la historia puede depositar no sólo las vidas de sus ciudadanos, sino la de los británicos, los húngaros, los cubanos o los vietnamitas. Goldwater es un hombre que quiere «la victoria absoluta con armas absolutas» (corresponsal del «Times» de Londres en San Francisco), que pretende estar preparado «para la guerra inmediata con el Vietnam del Norte, una guerra subsecuente con China y una guerra definitiva contra la Unión Soviética» (editorial del «Daily Mail» de Londres, 14 de julio), cuya política esté basada «en el reconocimiento histórico de que el buen uso de la fuerza —les guste a ustedes, me guste a mí o no— ha sido, a lo largo de la historia, el único medio de preservar la paz» (Goldwater, carta a «L'Express»), que aparece para todos los británicos como el anti-Ingles por excelencia («France Presse», 16 de julio); que «en el farrago de tonterías publicadas por sus agentes... figura la impulsión de los Estados Unidos a una «eventual liberación» de una asombrosa lista de pueblos. Mezclados juntos, uno encuentra Yugoslavia y los Estados bálticos, Ucrania y Armenia. Ucrania ha sido dirigida por los rusos desde mucho antes de que Texas, o la propia Arizona de Goldwater, hayan sido dirigidas por Washington» (Sulzberger en el conservador «New York Times», 15 de julio)...

Claro está que Goldwater no es por ahora más que un aspirante a la presidencia. Hace unos meses era aspirante a candidato, y su nombre era una broma. Hoy es ya candidato, y lo es histórico. Hasta ahora los auscultadores de la opinión pública le dan perdedor respecto a Johnson por 24 contra 76 de cada cien electores; no pasarán muchos días sin que el balance cambie y veamos un 40 a 60 menos tran-

quilizador. El miedo del mundo estriba precisamente en esto: en que Goldwater puede ser Presidente de los Estados Unidos. Hoy ya le apoya el gran núcleo intelectual del partido republicano que ayer le condenaba: la «base» le ha elevado.

La semana pasada cité el peligro real de Goldwater: un error político de Johnson que precipite en estos cuatro meses la política americana al abismo. Hay que tener en cuenta que Johnson no ha sido nunca más que un político profesional, no un político de doctrina y de creación: que había logrado una excelente carrera hasta la vicepresidencia de la nación, pero que no soñaba con ser Presidente, ni lo hubiese sido nunca de no haber sido asesinado Kennedy por los extremistas de Estados Unidos. Es decir, Johnson no solamente no estaba preparado para ser Presidente, sino que ni siquiera lo estaba para ser candidato a la Presidencia. Se ha encontrado en el plazo de unas horas con la responsabilidad del mundo con la que no soñaba y con una campaña electoral para la que no estaba preparado. Johnson no puede ser más que vacilante, indeciso. Está defendiendo una política que no es la suya, sino de Kennedy. Está luchando con un adversario que tiene la irradiación del fanatismo. El problema esencial es que Johnson entienda que el gran apoyo popular que ha tenido Goldwater en San Francisco sea una tendencia natural de Estados Unidos y quiera incorporarse él mismo la política de fuerza, en lugar de dar la batalla en la defensa de la paz, como sin duda Kennedy lo habría hecho. Pero Kennedy fue asesinado hace unos meses, y Goldwater sale de las sombras y cobra un relieve insospechado.

Qué azar...

E. H. T.
(Fotos EUROPA PRESS)